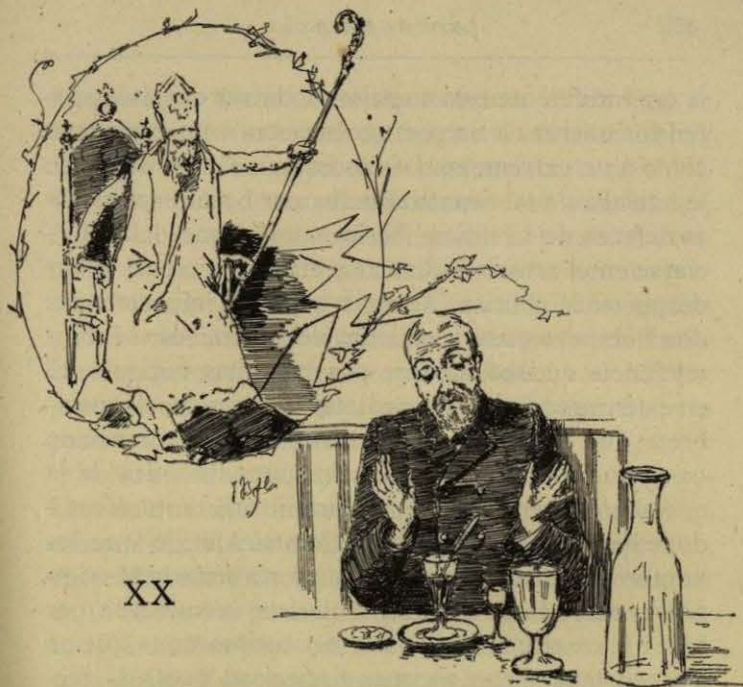


Pero no podía. Las letras saltaban, estallaban, se escondían, daban la vuelta... cambiaban de color... y la cabeza se iba... «Esperaría, esperaría.» Y dejaba el libro sobre la mesilla de noche, y con delicia que tenía mucho de voluptuosidad, se entretenía en imaginar que pasaban los días, que recobraba la energía corporal; se contemplaba en el Parque, en el cenador, ó en lo más espeso de la arboleda leyendo, devorando á su santa Teresa. «¡Qué de cosas la diría ahora que ella no había sabido comprender cuando la leyera distraída, por máquina y sin gusto!»

La impaciencia pudo más que las órdenes del médico, y antes de dejar el lecho, cuando empezaron á permitirle otra vez incorporarse entre almohadones, algo más fuerte ya, Ana hizo nuevo ensayo y entonces encontró las letras firmes, quietas, compactas; el papel blanco no era un abismo sin fondo, sino tersa y consistente superficie. Leyó; leyó siempre que pudo. En cuanto la dejaban sola, y eran largas sus soledades, los ojos se agarraban á las páginas místicas de la santa de Ávila, y á no ser lágrimas de ternura ya nada turbaba aquel coloquio de dos almas á través de tres siglos.



DON Pompeyo Guimarán, presidente dimisionario de la *Libre Hermandad*, natural de Vetusta, era de familia portuguesa; y don Saturnino Bermúdez, el arqueólogo y etnógrafo, que dividía á todos sus amigos en celtas, iberos y celtiberos, sin más que mirarles el ángulo facial y á lo sumo palparles el cráneo, aseguraba que á don Pompeyo le quedaba mucho de la gente lusitana, no precisamente en el cráneo, sino más bien en el abdomen. Don Pompeyo no decía que sí ni que no; cierto era que él tenía un poco de panza, no mucho, obra de la edad y la vida sedentaria; que andaba muy tieso, porque creía que «quien era recto como espíritu, digámoslo así, debía serlo como físico»; pero en punto á los vestigios de raza y nación él se declaraba neutral: quería decir que

le era indiferente esta cuestión, toda vez que tan español consideraba á un portugués como á un castellano como á un extremeño. De modo, que siempre que se le hablaba de tal asunto acababa por hacer una calorosa defensa de la unión ibérica, unión que debía iniciarse en el arte, la industria y el comercio para llegar después á la política. Además, ¿qué le importaban á don Pompeyo estos accidentes del nacimiento? Su inteligencia andaba siempre por más altas regiones. Él en este mundo era principalmente un *altruista*, palabra que, preciso es confesarlo, no había conocido hasta que con motivo de una disputa filosófica de la que salió derrotado, el amor propio un tanto ofendido le llevó á leer las obras de Comte. Allí vió que los hombres se dividían en egoístas y *altruistas* y él, á impulsos de su buen natural, se declaró *altruista* de por vida; y, en efecto, se la pasó metiéndose en lo que no le importaba. Tenía algunas haciendas, pocas, la mayor parte procedentes de bienes nacionales; y de su renta vivía con mujer y cuatro hijas casaderas.

Comía sopa, cocido y principio; cada cinco años se hacía una levita, cada tres compraba un sombrero alto lamentándose de las exigencias de la moda, porque el viejo quedaba siempre en muy buen uso. Á esto lo llamaba él su *aurea mediocritas*. Pudo haber sido empleado; pero «¿con quién? ¡si aquí nunca hay gobiernos!» Cargos gratuitos los desempeñaba siempre que se le ofrecían, porque sus conciudadanos le tenían á su disposición, sobre todo si se trataba de dar á cada uno lo suyo. Á pesar de tanta modestia y parsimonia en los gastos, los maliciosos atribuían su exaltado liberalismo y su descreimiento y desprecio del culto y del clero á la procedencia de sus tierras. «Claro, decían las beatas en los corrillos de San Vicente de Paul, y los ultramontanos en la redacción de *El Lábaro*, claro, como lo que tiene lo debe á los despojos impíos de los

liberalotes! ¿Cómo no ha de aborrecer al clero si se está comiendo los bienes de la Iglesia?» Á esto hubiera objetado don Pompeyo, si no despreciara tales habliilas «abroquelado en el santuario de su conciencia», hubiera contestado que don Leandro Lobežno, el obispo de levita, el Preste Juan de Vetusta, el seráfico presidente de la Juventud Católica, era millonario gracias á los bienes nacionales que había comprado cierto tío á quien heredara el don Leandro.» Pero no, don Pompeyo no contestaba. Él aborrecía el fanatismo, pero perdonaba á los fanáticos.

«¿No era él un filósofo? Bien sabía Dios que sí.»— Esto de que bien lo sabía Dios era una frase hecha, como él decía, que se le escapaba sin querer, porque, en verdad sea dicho, don Pompeyo Guimarán no creía en Dios. No hay para qué ocultarlo. Era público y notorio. Don Pompeyo era el ateo de Vetusta. «¡El único!» decía él, las pocas veces que podía abrir el corazón á un amigo. Y al decir ¡el único! aunque afectaba profundo dolor por la ceguedad en que, según él, vivían sus conciudadanos, el observador notaba que había más orgullo y satisfacción en esta frase que verdadera pena por la falta de propaganda. Él daba ejemplo de ateísmo por todas partes, pero nadie le seguía.

En Vetusta no se aclimatava esta planta; él era el único ejemplar, robusto, inquebrantable eso sí, pero el único. Y don Pompeyo sentía remordimientos cuando se sorprendía deseando que jamás cundiese *la doctrina racional, salvadora*, que por tal la tenía. Todos le llamaban el *Ateo*, pero la experiencia había convencido á los más fanáticos de que no mordía. «Era el león enamorado de una doncella,» decía elegantemente Gloucester, «una fiera sin dientes.» Hasta las más recalcitrantes beatas pasaban al lado del *Ateo* sin echarle una mala maldición: era como un oso viejo, ciego y con bozal que anduviese domesticado, de calle en calle,

divirtiendo á los chiquillos; olía mal pero no pasaba de ahí. Sin embargo, varias veces se había pensado en darle un disgusto serio para que se convirtiera ó abandonase el pueblo. Esto dependía del mayor ó menor celo apostólico de los obispos. Uno hubo (después llegó á cardenal), que pensó seriamente en excomulgar á don Pompeyo. Este recibió la noticia en el casino—todavía iba al casino entonces.—Una sonrisa angelical se dibujó en su rostro: así debió de sonreír el griego que dijo: pega pero escucha. La boca se le hizo agua: aquella excomuni6n le hacía cosquillas en el alma: ¡qué más podía ambicionar! En seguida pensó en tomar una postura moral digna de las circunstancias. Nada de aspavientos, nada de protestas.—Se contentó con decir:—El señor obispo no tiene derecho de excomulgar á quien no comulga; pero venga en buen hora la excomuni6n... y ahí me las den todas.

Su mujer y cuatro hijas pensaban de muy distinta manera. En vano quiso ocultarlas que el rayo amenazaba su hogar tranquilo. La casa de don Pompeyo se convirtió en un mar de lágrimas; hubo síncope; doña Gertrudis cayó en cama. El infeliz Guimarán sintió terribles remordimientos: sintió además inesperada debilidad en las piernas y en el espíritu. «¡No que él se convirtiera! eso jamás! pero ¡su Gertrudis, sus niñas!» y lloraba el desgraciado; y volviéndose del lado hacia donde caía el palacio episcopal enseñaba los puños y gritaba entre suspiros y sollozos: «—Me tienen atado, me tienen atado esos hijos de la aberraci6n y la ceguera! desgraciado de mí! pero más dignos de compasi6n ellos que no ven la luz del mediodía, ni el sol de la Justicia!» Ni aun en tan amargos instantes insultaba al obispo y demás alto clero. Tuvo que transigir; tuvo que tolerar lo que al principio le sublevaba sólo pensado, que sus hijas se *moviesen*, que sus amigos pusieran en juego sus relaciones para que el obis-

po se metiera el rayo en el bolsillo... Se consiguió, no sin trabajo, y sin necesidad de que don Pompeyo se retractase de sus errores. Se echó tierra al ateísmo de Guimarán. Él calló una temporada, pero luégo volvió á la carga, incansable en aquella propaganda, que, en el fondo de su corazón, deseaba infructuosa, por el gusto de ser el único ejemplar de la, para él, preciosa especie del ateo. Sus principales batallas las daba en el casino, donde pasaba media vida (después lo abandonó por motivos poderosos). Los vetustenses eran, en general, poco aficionados á la teología; ni para bien ni para mal les agradaba hablar de las cosas *de tejas arriba*. Los *avanzados* se contentaban con atacar al clero, contar chascarrillos escandalosos en que hacían principal papel curas y amas de cura; en esta amena conversaci6n entraban también con gusto algunos conservadores muy ortodoxos. Si creían haber llegado demasiado lejos y temían que alguien pudiera sospechar de su acendrada religiosidad, se añadía, después de la murmuraci6n escandalosa:—Por supuesto que estas son las excepciones.—No hay regla sin excepci6n, decía don Frutos el americano.—La excepci6n confirma la regla, añadía Ronzal el diputado. Y hasta había quien dijera:—Y hay que distinguir entre la religi6n y sus ministros.—Ellos son hombres como nosotros...» Los avanzados presentaban objeciones, defendían la solidaridad del dogma y el sacerdote, y entonces el mismo don Pompeyo tenía que ponerse de parte de los reaccionarios, hasta cierto punto y decir:—Señores, no confundamos las cosas, el mal está en la raíz... El clero no es malo ni bueno; es como tiene que ser... Al oír tal, todos se levantaban en contra, unos porque defendía al clero y otros porque atacaba el dogma. Bien decía él que estaba completamente solo, que era el *único*.—De aquellas discusiones, que buscaba y provocaba todos los días, afirmaba él que «salía su espíri-

tu, llamémosle así, lleno de amargura (y no era verdad, el remordimiento se lo decía), lleno de amargura porque en Vetusta nadie pensaba; se vegetaba y nada más. Mucho de intrigas, mucho de politiquilla, mucho de intereses materiales mal entendidos; y nada de filosofía, nada de elevar el pensamiento á las regiones de lo ideal. Había algún erudito que otro, varios canonistas, tal cual jurisconsulto, pero pensador ninguno. No había más pensador que él.» «Señores, decía á gritos después de tomar café, cerca del gabinete del tresillo, si aquí se habla de las graves cuestiones de la inmortalidad del alma, que yo niego por supuesto, de la Providencia, que yo niego también, ó toman Vds. la cosa á broma, á guasa, como dicen Vds., ó sólo se preocupan con el aspecto utilitario, egoísta, de la cuestión: si Ronzal será inmortal, si don Frutos prefiere el aniquilamiento á la vida futura sin recuerdo de lo presente... Señores ¿qué importa lo que quiera don Frutos ni lo que prefiera Ronzal? La cuestión no es esa; la cuestión es (y contaba por los dedos) si hay Dios ó no hay Dios; si caso de haberlo, piensa para algo en la mísera humanidad, si...

—«¡Chitón! ¡silencio! gritaban desde dentro los del tresillo; y don Pompeyo bajaba la voz, y el corro se alejaba de los tresillistas, lleno de respeto, obedientes todos, convencidos de que aquello del juego era cosa mucho más seria que las teologías de don Pompeyo, más práctica, más respetable.—Miren Vds., decía Ronzal, que todavía no era sabio, yo creo todo lo que cree y confiesa la Iglesia, pero la verdad, eso de que el cielo ha de ser una contemplación eterna de la Divinidad... hombre, eso es pesado.—¿Y qué? objetaba el americano don Frutos, en voz baja también, temeroso de nuevo aviso de los tresillistas; ¿y qué? Yo me contento con pasar la vida eterna mano sobre mano. Bastante he trabajado en este mundo. Peor sería eso

que dicen que dice *Alancardan*, ó san Cardan, ó san Diablo! pues... que... No sabía cómo explicarlo el pobre don Frutos. «Ello venía á ser que en muriéndonos íbamos á otra estrella, y de allí á otra, á pasar otra vez las de Caín, y ganarnos la vida.» La idea de volver, en Venus ó en Marte, á buscar negros al África y comprarlos y venderlos á espaldas de la ley, le parecía absurda á Redondo y le volvía loco. «Antes el aniquilamiento, como dice el ateo!» concluía limpiando el copioso sudor de la frente, provocado por aquel esfuerzo intelectual, tan fuera de sus hábitos.—Con esta cuestión de la inmortalidad, era con la que abría don Pompeyo brecha en el alcázar de la fe de los socios, pero siempre concluían por cerrar aquella brecha con las salvedades de rúbrica. «—Por supuesto, Dios sobre todo... Doctores tiene la Iglesia...»

Y en último caso, don Pompeyo ya les iba aburriendo con sus teologías. Le dejaban solo. Los tresillistas se quejaron á la junta. Tuvo que cambiar de mesa y de sala, si quiso seguir predicando ateísmo.

«¡Éste era el estado del libre examen en Vetusta!» pensaba Guimarán con tristeza mezclada de orgullo.

En el billar tampoco querían teología racional. Don Pompeyo, más abandonado cada día, se colocaba taciturno, como Jeremías podría pararse en una plaza de Jerusalem, se colocaba, abierto de piernas, delante de la mesa pequeña, la de carambolas, y largo rato contemplaba á aquellos ilusos que pasaban las horas de la brevísima existencia, viendo chocar ó no chocar tres bolas de marfil. Algunas veces tropezaba la maza de un taco con el abdomen de don Pompeyo.

—Vd. dispense, señor Guimarán.

—Está Vd. dispensado, joven—respondía el pensador rascándose la barba con una ironía trágica, profunda, y sonriendo, mientras movía la cabeza dando á entender que estaba perdido el mundo.

Aburrido de tanta *superficialidad* subía al *cuarto del crimen*, á ver á los partidarios del azar. Allí oía el nombre de Dios á cada momento, pero en términos que no le parecían nada filosóficos.

—¡Don Pompeyo, tiene Vd. razón!—gritaba un perdido al despedirse de la última peseta—¡tiene Vd. razón, no hay Providencia!

—¡Joven, no sea Vd. majadero, y no confunda las cosas!

Y salía furioso del Casino. «No se podía ir allí.»

Cuando *estalló la Revolución de Setiembre*, Guimarán tuvo esperanzas de que el libre pensamiento tomase vuelo. Pero, nada. ¡Todo era hablar mal del clero! Se creó una sociedad de filósofos... y resultó espiritista; el jefe era un estudiante madrileño que se divertía en volver locos á unos cuantos zapateros y sastres. Salió ganando la Iglesia, porque los infelices menestrales comenzaron á ver visiones y pidieron confesión á gritos, arrepintiéndose de sus errores con toda el alma. Y nada más; á eso se había reducido la *revolución religiosa* en Vetusta, como no se cuente á los que *comían de carne* en Viernes Santo.

Don Pompeyo no creía en Dios, pero creía en la Justicia. En figurándose la con J mayúscula, tomaba para él cierto aire de divinidad, y sin darse cuenta de ello, era idólatra de aquella palabra abstracta. Por la *Justicia* se hubiera dejado hacer tajadas.

«La Justicia le obligaba á reconocer que el actual obispo de Vetusta, don Fortunato Camoirán, era una persona respetable, un varón virtuoso, digno; equivocado, equivocado de medio á medio, pero digno. ¿Tenía un ideal? pues don Pompeyo le respetaba.»

Don Pompeyo no leía, meditaba. Después de las obras de Comte (que no pudo terminar), no volvió á leer libro alguno; y en verdad, él no los tenía tampoco. Pero meditaba.

Algunas veces discutía con Frígilis, en quien reconocía la *madera de un libre pensador*, pero mal educado. No le quería bien. «¡Ese es panteísta!» decía con desdén. «Ese adora la naturaleza, los animales, y los árboles especialmente... además, no es filósofo; no quiere pensar en las grandes cosas, sólo estudia nimiedades... Está muy hueco porque después de cien mil ensayos ridículos, aclimató el Eucaliptus en Vetusta... ¿Y qué? ¿Qué problema metafísico resuelve el Eucaliptus globulus? Por lo demás yo reconozco que es íntegro... y que sabe... que sabe... por más que su decantado darwinismo... y aquella locura de ingerir gallos ingleses...»

Guimarán fué varias veces derrotado por Frígilis en sus polémicas. Frígilis era apóstol ferviente del transformismo; le parecía absurdo y hasta ridículo hacer ascos al abolengo animal... Don Pompeyo, aunque se sentía seducido por aquella teoría que *dejaba* un subido y delicioso olor á herética y atea, no se decidía á creerse descendiente de cien orangutanes; sonreía como si le hiciesen cosquillas... pero no se determinaba á decir sí ni á decir no.

«Mi última afirmación es la duda... Se me hace cuesta arriba.» Pero de todas suertes su ateísmo quedaba en pié; para negar á Dios con la constancia y energía con que él lo negaba, no hacía falta leer mucho, ni hacer experimentos, ni meterse á cocinero químico. «¡Mi razón me dice que no hay Dios; no hay más que Justicia!»

Frígilis, mientras don Pompeyo afirmaba estas cosas, le miraba sonriendo con benevolencia; y con un poco de burla, en que había algo de caridad, le decía:

—«¿Pero, señor Guimarán, tan seguro está Vd. de que no hay Dios?»

—«¡Sí, señor mío! ¡mis principios son fijos! ¡fijos! entiende Vd? Y yo no necesito manosear librotos y

revolver tripas de cristianos y de animales, para llegar á mi conclusión categórica... Si su ciencia de usted, después de tanta retorta, y tanto protoplasma y demás zarandajas, no da por resultado más que esa duda, guárdese la ciencia de los libros en donde quiera, que yo no la he menester!»

El honrado Guimarán daba media vuelta y se iba furioso, llena el alma de rencores y envidias pasajeras, y Frígilis seguía sonriendo y movía la cabeza á un lado y á otro.

Si le preguntaban qué opinaba del *Ateo*, decía:

—«¿Quién, don Pompeyo? Es una buena persona. No sabe nada, pero tiene muy buen corazón.»—

Guimarán juró—tenía que parar en ello—juró no poner jamás los piés en el casino.

—«Lo que se ha hecho allí conmigo no se hace con ningún cristiano.»

Tenía el estilo sembrado de frases y modismos puramente ortodoxos, pero protestaba en seguida contra «aquellas metáforas y solecismos del lenguaje.»

Lo que habían hecho con él había sido celebrar el aniversario 25 de la exaltación de Pío Nono al Pontificado, colgando los tapices de gala y sacando á relucir los aparatos de gas, con que iluminaban la fachada en las grandes solemnidades.

Don Pompeyo se dirigió á la Junta en papel de oficio citando los artículos del Reglamento que, en su opinión, «prohibían semejantes muestras de júbilo por parte de una corporación que, por su calidad de círculo de recreo no debía, no podía tener religión positiva determinada.»

Y en el salón daba gritos, mientras los mozos colgaban los tapices de los balcones; hacía aspavientos, é invocaba la tolerancia religiosa, la libertad de cultos y hasta la sesión del juego de pelota.

—Pero, hombre—le decía Ronzal, con deseos de pe-

garle—¿qué le importa á Vd. que el Casino cuelgue é ilumine? ¿Qué le ha hecho á Vd. la Santidad de Pío Nono?

—Qué me ha hecho la Santidad?... Se lo diré á Vd., sí señor, se lo diré á Vd. Pío Nono me era... hasta simpático... reconocía en él un hombre de buena fe... Pero la infalibilidad ha puesto entre los dos una muralla de hielo; un abismo que no se puede salvar... ¡Un hombre infalible! ¿Comprende Vd. eso, Ronzal?

—Sí, señor, perfectamente. Es la cosa más clara...

—Pues explíquemelo Vd.

—Entendámonos, señor Guimarán, si Vd. quiere examinarme... sepa Vd. que yo... no aguanto ancas!...

—No se trata aquí de la grupa de nadie... sino de que Vd. pruebe la infali...

—¿La *infalibilidad*?

—Sí, señor... la infalibilidad... la in... fa... li... bi... li...

—Oiga Vd., señor don Pompeyo, que á mi las canas no me asustan! y si Vd. se burla, yo hago la cuestión personal...

—¿Cómo personal? ¿También Vd. es infalible?

—¡Señor Guimarán!

—En resumen, señor mío...

—Eso es, *reasumiendo*...

—Yo me borro de la lista...

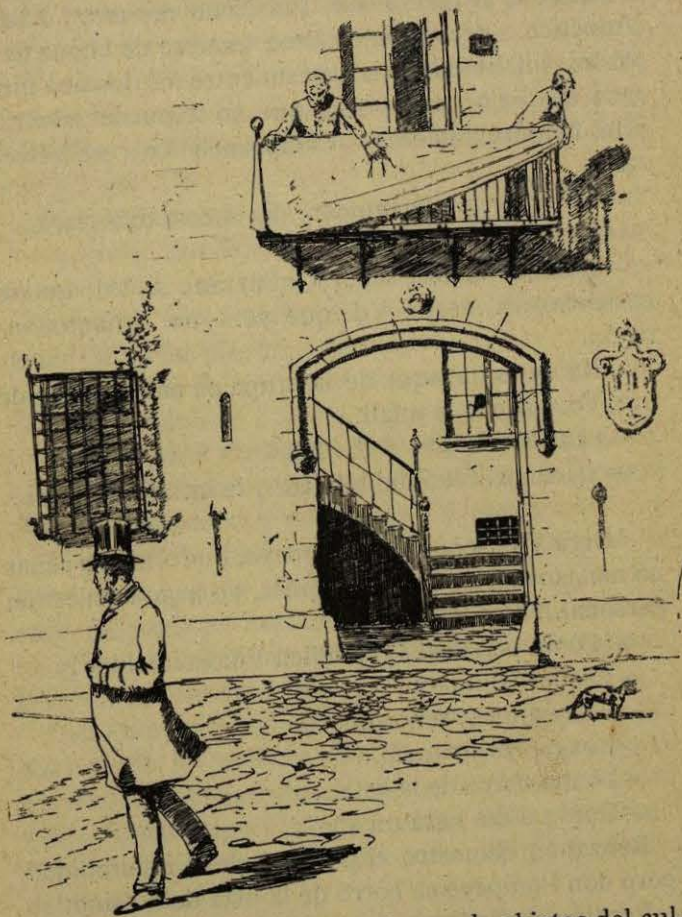
—Pues tal día hará un año!

Ronzal no demostró el por qué de la infalibilidad, pero don Pompeyo se borró de la lista del Casino.

Perdió aquel refugio de sus horas desocupadas que eran muchas, y anduvo como alma en pena vagando de café en café hasta que al cabo de algunos años tropezó con don Santos Barinaga en el *Restaurant y café de la Paz*, donde todas las noches el enemigo implacable

del Magistral se preparaba á mal morir bebiendo un cognac con honores de espíritu de vino.

Entablaron amistad que llegó á ser íntima. Don Santos había sido siempre un buen católico; es más, de la



Iglesia vivía, pues su comercio era de objetos del culto. Pero desde que el monopolio mal disfrazado de competencia de «La Cruz Roja» había empezado á *labrar su ruina*, iba sintiendo cada día más vacilante el alcázar de su fe... y más vacilantes las piernas. Empe-

zaba, como otros muchos, por negar la virtud del sacerdocio y, además, — esto no se sabe que lo hayan hecho otros heresiarcas — coincidía en él aquel desprecio de los ordenados *in sacris* con la afición desmesurada al alcohol en sus varias manifestaciones.

Poco trabajo le costó á Guimarán hacer un prosélito de don Santos. De día en día y de copa en copa avanzaba la impiedad en aquel espíritu; y llegó á creer que Jesucristo no era más que una constelación; dispartate que había leído don Pompeyo en un libro viejo que compró en la feria. Guimarán tenía la impiedad fría del filósofo, Barinaga los rencores del sectario, la ira del apóstata.

Cuando le parecía al buen tendero que iba demasiado lejos en sus negaciones, para ocultar el miedo, se ponía de pié, copa en mano, y decía solemnemente:

—En último caso, si me equivoco, si blasfemo... toda la responsabilidad caiga sobre ese pillo... sobre ese *rapavelas*... sobre ese maldito don Fermín!...

El café de la Paz era grande, frío; el gas amarillento y escaso parecía llenar de humo la atmósfera cargada con el de los cigarros y las cocinas; á la hora en que los dos amigos conferenciaban estaba desierto el salón; los mozos, de chaqueta negra y mandil blanco, dormitaban por los rincones. Un gato pardo iba y venía del mostrador á la mesa de don Santos, se le quedaba mirando largo rato, pero convencido de que no decía más que disparates, bostezaba, y daba media vuelta.

Guimarán veía con gran satisfacción los progresos de la impiedad en aquel espíritu lleno de pasión; no había llegado don Santos al ateísmo, «pero este era un grado de perfección filosófica que tal vez le venía muy ancho al antiguo comerciante de cálices y patenas.» Don Pompeyo se contentaba con arrancarle las raíces y retoños de toda religión positiva. No le agradaba verle cada vez más *enfrascado* en el aguardiente

y el cognac; pero don Santos si no bebía no daba pié con bola, no entendía palabra de lugares teológicos. Había que dejarle beber.

A las diez y media de la noche salían juntos; don Pompeyo daba el brazo á don Santos y le acompañaba hasta dejarle bastante lejos del café, porque sino se volvía solo. En la esquina de una calleja se despedían con largo apretón de manos, y Guimarán, sereno y satisfecho, se restituía á su hogar tranquilo donde le esperaban su amante esposa y cuatro hijas que le adoraban.

Don Santos quedaba solo en batalla con las quimeras del alcohol, con nieblas en el pensamiento y en los ojos. Su pié vacilaba; el pudor entregado á sí mismo, luchaba por encontrar una marcha y un continente decoroso; pero en vano, un movimiento en zizás agitaba todo el cuerpo del enfermo; cada paso era un triunfo; la cabeza se tenía mal sobre los hombros... y de la faringe del borracho salían, como arrullos de tórtola, gritos sofocados de protesta, de una protesta monótona, inarticulada, que era á su modo expresión de una idea fija, ó mejor, de un odio clavado en aquel cerebro con el martillo de la manía. Á todas las manchas de las paredes, á todas las sombras de los faroles les contaba, gruñendo, la historia de su ruina, y no había piedra de aquel camino, que no supiese la escandalosa leyenda de la fortuna del Magistral.

Si Barinaga tomó de don Pompeyo su apostasía, Guimarán se contagiò con el odio de don Santos al Provisor y á doña Paula. «¡Era escandaloso, ciertamente, aquel tráfico indigno!» Los dos viejos fueron trompas de la fama contra la honra del Provisor. Don Santos alborotó la vecindad muchas noches; no bastó la intervención del sereno; llegó á dar puñadas, bastonazos y hasta patadas en la puerta de la *Cruz Roja*. El dueño del establecimiento se quejó á la autoridad, creció el

escándalo, los enemigos del Magistral atizaron la discordia, en todas partes se gritaba: «¿Cómo se entiende? ¿van á prender á don Santos después de haberle arruinado? ¿Se atrevería la autoridad á tomar una medida represiva?»

En el cabildo, Gloucester, el maquiavélico Arcediano, hablaba al oído de los canónigos «de descrédito colectivo, de lo que la iglesia, y la catedral sobre todo, perdían con aquellas *algaradas* (frase de Gloucester).»—El beneficiado don Custodio apoyaba al señor Mourelo.

—¡Y si fuera eso lo peor!—decía el Arcediano.

Y entonces comenzaba el segundo capítulo de la murmuración.

«Lo peor era que, con razón ó sin ella, pero no sin que las apariencias diesen motivo para las hablillas, se decía que el Magistral quería seducir, y en camino estaba, nada menos que á la Regenta.

—¡Hombre, eso no!—gritaba el chantre—¡ella está hecha una santa; después de su enfermedad, desde que estuvo si la entrega ó no la entrega, su vida es ejemplar. Si antes era una señora virtuosa, como hay muchas, ahora es una perfecta cristiana. Está más delgadilla, más pálida, pero hermosísima... quiero decir, que edifica, que es una santa... vamos... una santa...

—Señor, yo quiero hechos... y el público no se fía de santidades... se fía de hechos...

Y Gloucester citaba muchos hechos: la frecuencia de las confesiones de Anita Ozores, lo mucho que duraban las visitas del Provisor al Caserón, las visitas de la Regenta á doña Petronila...

—¡Cómo! ¿Y qué? ¿qué tenemos con esas visitas? ¿También va Vd. á creer que doña Petronila se presta?...

—Señor... yo no creo ni dejo de creer... yo cito hechos y digo lo que dice el público... El escándalo crece...

Era verdad. Tal maña se daban Gloucester y don Custodio y otros señores del cabildo, algunos empleados de la curia eclesiástica, y entre el elemento lego Foja y don Alvaro; éste por debajo de cuerda y conteniéndose en lo que se refería á la simonía y despotismo que se achacaba al Provisor. En el Casino tampoco se hablaba de otra cosa. Ya todos aseguraban haber encontrado á don Santos dando patadas á la puerta de la Cruz Roja y desafiando á gritos al Magistral. Había bandos: unos reclamaban la intervención de la autoridad, otros sostenían *el derecho del pataleo* de Barinaga.

El Chato iba y venía, espiaba en todas partes, y dos ó tres veces al día entraba en casa del Provisor á dar parte de las murmuraciones á su jefe, á doña Paula, que le pagaba bien.

La madre de don Fermín vivía en perpetua zozobra; pero no desmayaba. «Ya que él quería perderse, allí estaba ella para salvarle.» Era lo principal visitar al obispo, conseguir que la murmuración, la calumnia ó lo que fuese, no llegara á su Ilustrísima. Doña Paula pasaba gran parte del día y de la noche en palacio. Su lugarteniente Úrsula, el ama de llaves del Obispo, tenía orden de no dejar á ninguna persona sospechosa llegar á la cámara de su dueño; los familiares, gente devota de doña Paula, hechuras suyas, obedecían á la misma consigna. El Magistral, aunque le disgustaba emplearse en tal oficio, también espiaba y vigilaba; el instinto de conservación le obligaba á secundar los planes de su madre.

Doña Paula y don Fermín hablaban poco; se defendían por acuerdo tácito; empleaban el mismo sistema de resistencia sin comunicárselo. Estaba la madre irritada. «Su hijo la engañaba, la perdía. Para ella doña Ana Ozores, la dichosa Regenta, era ya *barragana* (esta palabra decía en sus adentros) barragana de su

Fermo. Por allí iba á romper la soga; por allí hacía agua el barco. Si se hablaba tanto de los abusos de la curia eclesiástica, de la *Cruz Roja* y de don Santos, era porque el *otro negocio*, el más escandaloso, el de las *faldas* traía consigo los demás.» Esto pensaba ella. «Lo otro es antiguo; ya nadie hacía caso de esas hablillas por viejas, por gastadas, pero con el escándalo nuevo, con lo de esa mala pécora, hipócrita y astuta, todo se renueva, todo toma importancia, y muchos pocos hacen un mucho. Si Fortunato sabe algo, cree algo, nos hundimos.» Al dueño de la Cruz Roja se le prohibió oír los golpes que descargaba en la puerta todas las noches el borracho de don Santos. No se volvió á pensar en pedir auxilio á la autoridad. Se compró al sereno y se le dió orden de que evitara el ruido ante todo. Era inútil. Muchos vecinos ya esperaban con curiosidad maliciosa la hora del alboroto y salían á los balcones á presenciar la escena.

Pero doña Paula tenía además que seguir los pasos á su hijo.

El Chato había visto á la Regenta y al Magistral entrar juntos al anochecer en casa de doña Petronila. Y ya lo sabía doña Paula. Pero también les había visto don Custodio y se lo había dicho á Gloucester y después los dos á toda Vetusta.

En tanto, en el café de la Paz había ya público para oír á don Pompeyo y á don Santos maldecir de las religiones positivas y especialmente del señor Vicario general, como llamaba siempre á De Pas el señor Guimarán. Entre el *pueblo bajo* corría la historia de las aras, de la ruina de don Santos, de los millones del Magistral depositados en el Banco; con tal motivo algunos obreros de la Fábrica vieja hablaban de ahorcar al clero en masa. Á esto lo llamaban cortar por lo sano. Los trabajadores carlistas dudaban; tenía entre ellos amigos el Magistral, pero si le respetaban por sacer-